

cantares que alegran las alamedas que riegan el Darro y Guadalquivir; pero las modificaciones que en ella han hecho el tiempo, la distancia y el carácter del pueblo en que se ha naturalizado, la han regenerado de tal manera, que solo reconoce su origen el corazón y el oído del que niño se adormió con sus cadencias, y las recordó ya adulto en extranjera tierra, donde le halagaron los dulces sueños de su memoria. El *jarabe*, que rompe franca y resueltamente en unos compases de boleras, se aparta ya de este aire español desde la mitad de su primera parte: las cadencias de la copla, en cuyos compases hay mas notas que las que requieren las reglas del contrapunto, se sostienen ó se quiebran de una manera tan agradablemente extraña y original, que hasta que el oído no se hace á ellas se le figura que el cantador se ha perdido; y su acompañamiento de baile sale de tonos y ondula y se mece, y se rasga en armonías, arpegios y trinos tan profusamente ricos y nutridos de notas, volviendo mil veces sobre sí mismo por medio de transiciones tan inesperadas, que los músicos de todos los países y de todas las escuelas escuchan con placer hasta el último de aquellos compases, que acompañan generalmente un baile tan gracioso y tan picante como el Saltarello y la Tarantela de Nápoles, las jotas de Aragon y las corraleras de Sevilla. Las mexicanas del pueblo bailan el jarabe con una languidez y un abandono tan incentivos, como nuestros pueblos del mediodia sus espresivas danzas. El jarabe, música y baile, es el aire mas popular en toda la república Mexicana: y es acaso de todos el aire nacional conocido, el mas rico y complicado en pasos y en armonías; los cuales, como los de nuestras playeras y rondeñas, resistiendo á los esfuerzos

de los extranjeros, no pueden jamas ser ejecutados con perfeccion por manos ni piés que no sean mexicanos. Tengo por escusado advertir á V: que las mexicanas de la buena sociedad no bailan ya mas que la Schotisch, la Polka-mazurca y esos bailes de los pueblos del Norte, que parecen inventados expresamente para hacer dormir de pié á los del mediodia: aun quedan sin embargo algunas señoras, que en la sociedad íntima y en las fiestas familiares de sus haciendas, le bailan con gran contentamiento y aplauso de los que apreciamos, con la imparcialidad de los hombres de arte, la poesía, el carácter y los recuerdos nacionales de todos los países: y le bailan, mi querido Angel, como la duquesa de Alba, y otras de nuestras nobles señoras españolas no se desdaban en otro tiempo bailar nuestro bailes, es decir sin que el decoro y la dignidad de la dama hagan desmerecer un quilate de su gracia original al movimiento onduloso del cuello y de la cabeza, á la cimbradora flexibilidad del talle, y á las atrevidas mudanzas de los enanos piés: que son absolutamente peculiares dotes de la mujer y del baile mexicano.

Los mexicanos, á pesar del abandono en que sus gobiernos han dejado yacer la educacion del pueblo, imposibilitados de atender á la propagacion de los estudios por la inestabilidad en que continuamente les han tenido los vaivenes y disturbios políticos, poseen hombres de ciencia y de vastos conocimientos en los diversos ramos del saber humano avanzados por los adelantos del siglo: y los ingleses, franceses, italianos y alemanes, encuentran pronto sociedad y amistades en México, especialmente en la juventud entre la cual están muy estendidos los idiomas de aquellas naciones. Desgraciadamente la mayor parte de los extranjeros que han

visitado su república, despues de recibir la pródiga y obsequiosa hospitalidad de los mexicanos, les han tratado rudamente en los escritos que de ellos y de sus cosas han publicado en Europa: y empeñados en no mirarles mas que á través del prisma político, ya por falta de observacion, ya por espíritu egoista de un nacionalismo mal entendido, ya por la manía de aplicar á las costumbres de los pueblos americanos la misma medida que á los de Paris y Lóndres, ó ya en fin, afectados por sus primeras impresiones y sin detenerse á investigar las causas de los efectos, no han comprendido ó han denigrado su carácter nacional. Las costumbres de todos los pueblos son hijas de sus necesidades; y los mexicanos en su benigno clima tienen pocas, y aun estas pocas difieren de las muchas á que están sujetos los países crudos del Norte; de aquí estas costumbres tan distintas de aquellas. Pero si al estudiar las de una nacion, solo aprecia el extranjero las que tienen analogía con las de la suya, despreciando las que de ellas se alejan, no se pone en el verdadero punto de vista para estudiarlas, y no las comprenderá jamás. ¿Qué inglés escribió nunca con acierto de las de la moderna Andalucía, si empezó por no comprender la gracia de su verbosidad picante y de doble sentido, ni el valor de su pronunciación morisca y semi-bárbara, pero llena de bizarra originalidad y de inculta poesía? Esta conducta de los extranjeros, ha engendrado en el corazon de los mexicanos una secreta desconfianza hácia los que venimos despues de aquellos á su bella y hoy independiente patria: y aunque esta desconfianza no les impide hacernos una acogida tan benévola y hospitalaria como á los primeros, están predispuestos á interpretar desfavorablemente nues-

tras intenciones, recelando siempre que al volvernó á hallar fuera de su país, les tratemos en nuestros escritos con la misma parcialidad agresiva que el Aleman Lowenstern, Mr. Chevalier, Misis C. y otros; los cuales al hallar tintas tan negras para bosquejar el cuadro de sus defectos, no encontraron una suave y delicada para colorar el de sus buenas cualidades, ni supieron buscar un lente exacto, sin aumento ni disminucion, para examinar las causas engendradoras de los unos y de las otras. Desgraciadamente es verdad que la industria, la agricultura y las mejoras materiales, reconocidas ya como indispensables para el bienestar de los pueblos segun los adelantos y exigencias de la época, están todavía en México en evidente retraso; sin embargo, si nos empeñáramos en apurar las causas de los obstáculos que se han opuesto hasta ahora á sus adelantos materiales ¿quién sabe si no las hallariamos más en el interés ageno que en su falta propia? El propietario mexicano no puede hacer mas que pagar las no escasas contribuciones que pesan sobre sus fincas, y comprar á los comerciantes extranjeros, al precio que ellos se les ponen, los artículos que no produce su industria, para tener su casa bajo el pié de lujo y comodidades que los adelantos del siglo ponen al alcance de las menos acaudaladas familias de Europa; protegiendo en sus posesiones la introduccion de las mejoras y los inventos útiles importados de otras naciones mas avanzadas; pero el propietario y el particular no pueden estender su proteccion mas allá de las cercas de sus posesiones y haciendas: los particulares no pueden, sino por medio de la asociacion, patrocinada vigorosamente por los gobiernos, construir puentes y acueductos, abrir carreteras en los terrenos ásperos y

ferro-carriles y canales en los llanos, ni embellecer las poblaciones con paseos, institutos y monumentos públicos: y si la industria no avanza segun las exigencias de la época, si las letras no florecen, si las artes se ven faltas de estímulo, si los pueblos no mejoran rápidamente de costumbres porque la instruccion no está al alcance de sus últimas clases, si los caminos se inutilizan por el abandono, si faltan asilos de mendicidad y las calles de las grandes ciudades están llenas de mendigos por el dia y de rateros por la noche, y si la agricultura se encuentra escasa de brazos y de instrumentos de labor, no es culpa de los mexicanos ricos que compran cuanto necesitan á fuerza de oro donde lo encuentran, ó se lo hacen traer del extranjero con enormes gastos; no es culpa de los propietarios y hacendados que, manteniendo con el laboréo de sus fincas cientos de familias menesterosas, tienen que malvender sus semillas por falta de esportacion, para dar cabida en sus trojes á las de la cosecha venidera; sino de sus gobiernos que se ven á su vez obligados á desatender las mejoras materiales y arrancar los brazos de las labores, para hacer soldados con que sofocar las perpétuas insurrecciones de los departamentos. Pero acaso me preguntará V. ahora ¿y en qué consiste que esos gobiernos hallen tan poca estabilidad y esos pueblos estén agitados por esa perpétua inquietud? ¡Ay amigo mio! Si en lugar de ser un poeta vagabundo, incapaz de profundizar ninguna materias grave por mi falta de saber y por la versatilidad de mi carácter, fuera yo un filósofo pensador y sesudo, un hacendista calculador, un estadista lleno de esperiencia en materias de gobernacion y de economía política, ó á lo menos un diputado energúmeno de la oposicion ó un político

de cualquier especie, aunque fuera de aquellos á quienes Quevedo llamaba en su GRAN TACAÑO *locos repúblicos y de gobierno*, tal vez me arriesgaria á dar á V. una respuesta á su pregunta. Pero en mi supina ignorancia, en mi absoluta incompetencia para semejantes cuestiones, no puedo hacer mas que una observacion general, aplicable á todos los pueblos y á todas las revoluciones del mundo. Cuando una nacion se vé trabajada largo tiempo por las revoluciones, bien sea porque en ella se efectúe una de esas regeneraciones sociales que traen irremisiblemente consigo el trascurso de los siglos y el adelanto y perfeccionamiento de los conocimientos humanos, bien sea por un cambio de dinastía ó de dominacion, que engendren en su seno la fermentacion de dos principios y por consiguiente de dos partidos incompatibles uno con otro, la revolucion producida por la pugna continua de estos dos principios penetra al fin en todos sus pueblos, en todas sus familias y en todos sus intereses privados, necesariamente arraigados é inseparables del suelo pátrio. Quanto mas cuerpo vá tomando este incendio político, quanto mas se prolonga la guerra civil, se van exágerando mas estos principios, mas se van estendiendo sus influencias, mas prosélitos va ganando para sí cada cual; los sucesos, favorables para unos, los trae al partido innovador; desfavorables para otros, arrastra á estos á las filas de la oposicion, les aparta de sus hogares, de sus familias, y de sus intereses; y la agricultura y la industria, los negocios en fin en los cuales se empleaban, se resienten de su falta. La mayor parte de los que tienen capitales que arriesgar, aguarda para ponerles en circulacion á que se calme la tempestad política y á que el país se sosiegue; pero el país tarda mu-

cho en serenarse, porque esta desconfianza general, teniendo alejados los capitales de los negocios, mantiene á los pueblos en la misma agitacion: y al fin tienen que filiarse en uno ú otro partido y engolfarse en la política hasta los mas pacíficos ó indiferentes ciudadanos. Entonces paralizada la industria, entorpecido el comercio, olvidadas las ciencias, improductivas las artes, inseguras ó arriesgadas casi todas las especulaciones, incierta la agricultura de para quien siembra las cosechas, todos los que carecen de capitales seguros y de rentas con que vivir independientes, van á ampararse del gobierno diciéndole: "puesto que no hallo industria, ni comercio, ni ciencia, ni artes, ni especulacion, ni agricultura que me mantengan, empleáme." Y la nacion entera quiere vivir del erario; mas como no hay gobierno que pueda emplear á toda su nacion, los que no son por él empleados se vuelven sus enemigos: y no dándoles espera la necesidad, van muy pronto á buscar remedio á ella en el campo de la revolucion. Llegadas las cosas á tal estado, los principios se exageran, las opiniones se exaltan: y exasperadas con el tiempo y los sucesos adversos, llegan al fin á convertirse en un fanatismo político: el peor de todos los fanatismos, porque no es hijo de una fé verdadera, ni de una conviccion sólida, sino de unas opiniones inspiradas tal vez por la fuerza de las circunstancias, y por las necesidades personales del momento: opiniones de las cuales no participariamos ciertamente, ni serian apoyadas por nuestras creencias y convicciones, si hubieran sido otras nuestras circunstancias y nos hubieran dejado tiempo para examinarlas, y libertad para elejirlas. Este fanatismo, tanto mas intolerante y tanto mas frenético, cuanto mas absurdo nos le

presentan á solas nuestro recto juicio y nuestra inflexible conciencia, sostenido no mas por un quisquilloso amor propio, por un interés personal que tenemos vergüenza de reconocer y que nos resistimos á confesar, y por una terquedad indigna de la razon humana, engendra en los corazones de los hombres mas leales intentos mezquinos, pasiones villanas, ódios injustos, juicios temerarios, antipatías personales que, dando solo por resultado las mas absurdas preocupaciones, las mas infundadas calumnias, las mas patentes injusticias, oponen una barrera casi insuperable á la paz necesaria para la prosperidad de las naciones, á la calma precisa para plantear los adelantos de su civilizacion y para la moralizacion de su sociedad. En estos países, agitados por semejantes revoluciones, y llegados ya á semejante situacion, basta que un partido dominador, aunque gobierne con legalidad y buena fé proponga el mejor plan de conciliacion universal, la reforma mas útil y mas perentoriamente precisa, para que el opuesto partido la declare absurda, perjudicial y hasta atentatoria á los intereses, al honor, y á las creencias de la patria; basta que un hombre, (hasta entonces buen ciudadano, buen padre de familia, buen amigo y de talentos y virtudes incontestables) prestando oidos al sentido comun, reconozca por conveniente aquel plan ó por útil aquella reforma, para que el bando á que pertenece se juzgue vendido por él y le llame inmediatamente traidor, apóstata, prevaricador y tal vez hereje. De aquí la division de las familias, la discordia entre las razas y los pueblos que por intereses y simpatías debieron estar unidos; de aquí las vejaciones, los destierros, las espatriaciones voluntarias ó forzosas, la desconfianza universal, el estado

eterno de sobresalto de los corazones, y el desarreglo general interior de la máquina política. ¿Y quién exige de los gobiernos de un país en semejante situación que se curen del porvenir? Harto harán con pensar en el día presente. Estas desconsoladoras verdades, y esta historia tan lamentable como verdadera de los vicios y crímenes políticos de todas las revoluciones modernas, aplicables á todos los países, pierden mucho de su carácter siniestro, y de su negro colorido al ser aplicadas al pueblo Mexicano. En él fermentan sin cesar las guerras civiles, se suceden unos á otros los pronunciamientos, y puede decirse que esta agitación febril es el estado normal de la nación; pero sus revoluciones no dejan detrás de sí, como las de Inglaterra Francia y otras naciones Europeas, un rastro de sangre y una página negra en los anales de su historia. Es un estado de fiebre política crónica, semejante á la exaltación febril de un hombre que se connaturaliza con un clima insalubre, que se apercibe ya de sus síntomas con indiferencia, y cuyas crisis no le infunden recelo alguno por su existencia. Al leer los periódicos, al oír las narraciones y al contemplar las continuas alarmas de los mexicanos, teme el extranjero presenciar de un momento á otro las mas espantosas catástrofes. En cuanto las cuestiones políticas se enmarañan un poco, en cuanto las relaciones diplomáticas se ágrían algun tanto, no se ven mas que movimientos de tropas, levas y preparativos de campaña y de defensa: no se habla mas que de próximas conflagraciones, de conspiraciones estensamente ramificadas, de sorpresas hechas por la policía, y de decretos de proseripcion. Cuando el río suena, agua ó piedras lleva: positivamente la conspiración ó el pro-

nunciamento se cuajan al són de estos rumores, y al fin estallan. Una población ó un departamento se pronuncia; llega la noticia á la capital y tras ella las mas alarmantes nuevas; al pasar estas por las bocas de los políticos toman un gigantesco incremento: los partidarios del gobierno pintan á los insurreccionados como hordas de salvajes atropelladores del derecho de gentes, salteadores de las propiedades, y capaces de toda especie de desafueros: los partidarios de estos, dan á los del gobierno por foragidos desesperados quienes, viendo ya que llevan lo peor, se entregan á los mayores excesos y cometen las mas infames vejaciones y tropelias en el terreno que ocupan, ejerciendo sobre los rendidos y prisioneros venganzas de inaudita atrocidad. Entre tanto sigue la lucha, que dura á veces meses enteros y de cuya historia es imposible ver la verdad á través de tal nublado de mentiras. Al cabo como todo lo que comienza toca su fin, la revolucion necesariamente tiene que vencer ó que ser sofocada. En ambos casos, si los hechos fuesen acordes con las palabras, si las consecuencias correspondiesen á las prevenciones, cualquiera diria que el triunfo de la revolucion iba á traer detrás de sí el saqueo de la capital, ó el degüello de todo empleado del gobierno derrocado, ó en fin una completa dislocación social: y por el contrario, á ser el gobierno el vencedor, iba á manchar su victoria con fusilamientos, destierros y confiscaciones, hasta deshacerse de la mitad de la nación que no profesa sus principios: pues bien, no; los mexicanos tienen mas talento, mas fraternidad, mas civilización y mejor carácter que los que les atribuimos los extranjeros, y que los que les dan al parecer las relaciones de su historia escrita y de su historia tradicional de sus

últimos veinte años. Vencida ó triunfante, averiguados los hechos, al concluir la revolucion, se ve que no solo son apócrifas todas las inauditas atrocidades achacadas á ambos partidos, sino que todo ha pasado mucho mejor que en otras naciones mas cultas; y he aquí lo que sucede. Salvo los que han sucumbido en las acciones de guerra, ó los que han sido víctimas del primer ímpetu de la victoria, si la revolucion es la que ha vencido, los mas comprometidos partidarios del gobierno caido y sus principales corifeos, evitan el encuentro de los victoriosos, sustrayéndose de ellos en las casas y las haciendas de sus amigos, mientras aquellos celebran su triunfo con repiques, salvas, cohetes, iluminacion, fiestas y procesiones: y al cabo de veinte dias de oscuridad ó de ausencia, vuelven á aparecer en la escena social, sin que les inquiete en lo mas mínimo el encono de los nuevos dominadores. Si la revolucion es vencida, mientras el gobierno replica á su vez, los revolucionarios se despiden de sus gefes, se dispersan y se amparan de sus amigos en los pueblos, ranchos, y haciendas inmediatas al departamento que fué teatro de la guerra: á donde les sigue pero rara vez les persigue la vigilancia del gobierno vencedor; y por poco que un pariente ó un amigo abogue por ellos con el gobierno, vuelven á sus hogares tranquilamente: todo queda en calma por algunos meses, y hasta otra.

De estos hechos sacan algunos políticos extranjeros, que no quieren ver mas que la superficie de las cosas, la errónea consecuencia de que los mexicanos son de un carácter díscolo, inquieto y desapacible, ineptos para gobernarse por sí mismos, incapaces de la ilustracion á la cual indudablemente conduce á los pueblos la civilizacion moderna; pero

yo que (sin duda porque no soy político) no creo en las virtudes políticas ni en sus teorías, tengo para mí que estos hechos prueban al contrario que los mexicanos, cuyos odios y venganzas políticas tienen tan benignas consecuencias en sus guerras civiles, cuyos instintos de fraternidad, tolerancia y hospitalidad sobreviven á treinta años de discordias, á pesar de las cuales subsisten todavía universidades, academias, é institutos científicos productores de hombres respetables por su saber y de quienes hablaré mas adelante, si alcanzaran algun dia otros veinte años de gobierno estable, capaz de dirigir sus buenos instintos y su carácter flexible y dócil, se elevarian rápidamente á la altura de las naciones Europeas.

Y al llegar á este párrafo de mi carta, mi querido duque, yo mismo me asusto de la hondura en que me he metido, y me digo con el portugués: "eu mesmo me teño medo," y me temo que V. y los mexicanos, si llegan algun dia á leer esta carta, me pregunten con una carcajada poco halagüeña para mi amor propio." ¿Y á V. quién le mete donde no le llaman, ni á dar su parecer donde no se le piden, ni á arreglar la casa ajena sin autorizacion de su dueño? "A cuya triple pregunta, responderé con un cuentecito cuya aplicacion, hecha por mí contra mí mismo, podrá probar que cuando cometo la torpeza de meterme donde no me llaman, no me falta talento para echarme fuera antes de que me adviertan de que no estoy en mi lugar. Mi cuento es este: Un gallego que se llamaba Pedro y que jamás habia visto un papagayo, fué á servir á Madrid: y pasando por el *prado* en hora en que el paseo estaba desierto, vió posado en un árbol uno de aquellos pájaros escapa-

do sin duda de alguna inmediata casa. Acercóse el gallego á contemplar tan extraño volátil: y como el ave doméstica permanecía con la mayor tranquilidad en su rama, antojósele cojerla, y empezó á trepar al árbol. El loro, que atendia al nombre de Perico y que habia aprendido algunas frases en las cuales entraba su nombre, cuando el gallego encaramado en las ramas se preparaba á echarle mano, dijo de repente: "buenos dias, Perico;" á cuya salutacion el asombrado gallego, echando respetuosamente mano al sombrero, dijo al papagayo: "su merced perdone: creí que era pájaro:" y se bajó del árbol.

Yo hago lo mismo: en cuanto la política me dá los buenos dias, me bajo de su árbol.

II.

LITERATURA Y ARTES.

LE enviaria á V. un libro en lugar de una carta, mi querido Angel, si fuera mi intento que este número de la mia llenara en conciencia las condiciones del título que le encabeza, ó si me propusiera hacer en él una historia completa de la literatura y de los literatos de México. Es verdad que en otro tiempo abrigué la idea de reunir y publicar una coleccion de poesías, un catálogo de las obras y una noticia biográfica de los poetas de las Américas Españolas; creyendo hacer una buena obra dando á conocer en la tierra de Lope y de Alarcon, nuestra madre comun, los brillantes destellos del claro ingenio de nuestros hermanos de aquende el mar, hoy emancipados ya de su patria potestad; pero he desistido de llevar á cabo semejante idea, porque tiene visos de una especulacion hecha á costa del ingenio ajeno, bajo la apariencia de un servicio prestado á las letras. Así es que me limitaré, por ahora, á remitir á V. una sucinta reseña del estado actual de la literatura mexicana, especialmente del de la poe-